

El Tiempo: Cien años en la jugada política

MARYLUZ VALLEJO MEJÍA ¹

Artículo recibido el 5 de septiembre de 2011, aprobado para su publicación el 14 de octubre de 2011.

Resumen

El Tiempo, diario de referencia en Colombia, fue fundado hace cien años para impulsar el movimiento político del Republicanismo en medio de la Hegemonía Conservadora. Pasó por épocas de apogeo, como cuando el director Eduardo Santos ocupó la silla presidencial (1938-1942) y de censura bajo el régimen militar de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957). Así hasta nuestros días, cuando uno de los “delfines” de la familia fundadora, Juan Manuel Santos, se convirtió en el segundo Presidente de la República salido de esta casa editorial. En este repaso histórico, apoyado en archivos de prensa, en la historiografía (incluido el libro de mi autoría *A plomo herido*) y en voces críticas, se demuestra cómo se consolidó el poder político del diario mediante estratégicas posiciones editoriales frente a los principales acontecimientos de los últimos cien años en Colombia.

Abstract

El Tiempo, diary of reference in Colombia, was founded hundred years ago to stimulate the political movement of the Republicanism in the middle of the Conservative Hegemony. It happened in epochs of height, as when the director Eduardo Santos occupied the presidential chair (1938-1942) and of censorship under the military regime of Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957). This way to the present day, when one of the "dolphins" of the family founder, Juan Manuel Santos, turned into the second bulging President of the Republic of this publishing house. In this historical revision rested on files of press, in the historiography (included the book of my authorship *A plomo herido*) and in critical voices, there is demonstrated how the political power of the diary was

1 Maryluz Vallejo Mejía. Doctora en Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra (Pamplona, España, 1992). Profesora titular del Departamento de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana. Cofundadora en el 2002 de la revista *Directo Bogotá*, y directora desde el 2004. Investigadora de la historia de la prensa en Colombia, de géneros periodísticos y miembro del Observatorio de Medios. Coordina la Línea de Estudios de Periodismo del grupo de Comunicación, Medios y Cultura de la Pontificia Universidad Javeriana. maryluz.vallejo@javeriana.edu.co, directobogota@gmail.com

consolidated by means of strategic publishing positions to the principal events of last hundred years in Colombia.

Preámbulo

Al voltear un siglo atrás la página del diario más influyente de Colombia, encontramos una línea editorial marcada por el “talante santista”, ante todo contemporizador, propio del director-propietario Eduardo Santos, quien gobernó en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial bajo la consigna de “neutrales pero no indiferentes”.

Igual hizo su sobrino-nieto Juan Manuel Santos en los primeros meses de su gobierno, al restablecer las relaciones con Venezuela y Ecuador, rotas en el mandato de Uribe Vélez, cuando aquel se desempeñó como Ministro de Defensa. Según afirma con tono zumbón el decano de la caricatura política en Colombia, Héctor Osuna, “el estilo parsimonioso del tío Eduardo encarna hoy en su sobrino nieto, el segundo presidente que sale de los mismos talleres de impresión. [...] No era pues de esperarse que el Santos de hoy siguiera los lineamientos de nadie, ni siquiera del auriga en cuyo carro doble-cabina llegó al poder”² (haciendo referencia a la traición que el Uribismo le endilga).

Y es que el hijo se parece bastante al padre, como se advierte en este fragmento del retrato que le hizo Alberto Zalamea a Enrique Santos Castillo, veterano jefe de redacción de *El Tiempo*: “[...] modelo de periodista sagaz, astuto y elegante, conectado con el mundo social, diplomático y político, siempre con la ‘chiva’ en el bolsillo, amigo de los ‘grandes’ caminando sobre alfombras, perfectamente al tanto de los vaivenes del poder”³. Pero este Santos no era contemporizador como su tío, quien lo desheredó por su fanatismo de derecha, mientras que Hernando, liberal progresista en sus mocedades, fue compensado con un buen paquete de acciones.

Pero vamos por partes en este repaso rápido de cien años de historia política de Colombia.

El Republicanismo

El 30 de enero de 1911 comenzó a circular *El Tiempo* en Bogotá, entonces una ciudad de 120.000 habitantes, 36 iglesias y 12 periódicos. Lo fundó Alfonso Villegas Restrepo, uno de los líderes del Republicanismo que llevó al poder a Carlos E. Restrepo, conservador de avanzada que acogió en su gobierno a conservadores y liberales cansados de las guerras civiles y del caudillismo. Dos años después, Eduardo Santos le compró el diario a su amigo y futuro cuñado, y con él comenzó una aventura empresarial exitosa, sin deponer la vocación doctrinaria del periódico.

Eduardo Santos contrató a un hábil administrador, Fabio Restrepo, que pronto puso *El Tiempo* a dar ganancias; en los siguientes años lo igualó con los grandes diarios de América Latina, y durante tres décadas le garantizó la independencia económica. Por eso el director se preciaba de tener “un periódico libre, que por nadie fue subvencionado ni estuvo atado a nadie por oscuros lazos económicos”⁴. En 1914, en la primera edición del suplemento domini-

2 Osuna, ‘Lorenzo Madrigal, “La historia de El Tiempo”, *El Espectador*, 11 de enero de 2011, p. 24.

3 Zalamea, Alberto, Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, “En memoria de Hernando Santos”, 9 de mayo de 1999, p. 10.

4 Nieto de Mazuera, Ma. Victoria, “Charla familiar con Eduardo Santos”, Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, 28 de agosto de 1988, p. 7.

cal, Santos dejó sentados estos principios: “El periodismo que muchos llaman moderno, que aspira sólo a satisfacer la pueril curiosidad de un público frívolo, a dar noticias sensacionales, agrandando y exagerando cosas triviales muchas veces, y que busca sólo lo interesante, lo que despierta emociones epidérmicas —periodismo netamente yanqui y al que tienden casi todos los periódicos suramericanos—, no es nuestro ideal” (Santos Molano: 2000, 204). Rendido admirador de la prensa francesa e inglesa (en los años cincuenta, reconoció como su modelo el *Manchester Guardian*), Santos huía del modelo estadounidense como de la peste.

En 1921, el director abandonó el extinto Partido Republicano y adhirió al Liberal. En sus inicios *El Tiempo* fue un periódico de línea dura que ventilaba los atropellos de los gobiernos de la Hegemonía y el servilismo a Estados Unidos porque el sentimiento anti imperialista estaba enconado desde el zarpazo del Canal de Panamá. En 1915, el diario denunció los contratos leoninos de la United Fruit Company en el Magdalena y sus violaciones a los derechos humanos en el departamento del Magdalena, preámbulo de la masacre de las bananeras ocurrida en diciembre de 1928. Y el documento más completo sobre las sangrientas jornadas cívicas realizadas en Bogotá en 1929 para denunciar la corrupción estatal fue el gran reportaje de Alejandro Vallejo titulado *8 de junio*, que se publicó por entregas en *El Tiempo*.

La República liberal

“*El Tiempo* fue un periódico de estricta vanguardia, liberal en el sentido más profundo del término, baluarte de la oposición al régimen conservador, instrumento expresivo de los sectores jóvenes y progresistas que impulsaron una política de cambio culminada con éxito en 1930 con la elección al poder del presidente Enrique Olaya Herrera. *El Tiempo* fue anfitrión entonces de una ideología secular que hacía contrapeso a la formidable influencia del clero en la política colombiana [...]. Fue vocero de la poesía, la caricatura y las ideas más audaces de aquellas agitadas y pujantes calendas” (Uribe Celis: 1991, 24).

Y es que *El Tiempo* fue la casa editorial del maestro insuperado de la caricatura en Colombia, Ricardo Rendón, cuya crítica punzante fue decisiva en la caída de los gobiernos conservadores que fustigó. Rendón hizo los más virulentos editoriales con sus dibujos, pero cuando el liberalismo retomó el poder con el periodista Olaya Herrera, en 1930, su mirada crítica ya no fue de buen recibo para el diario. Un año después, el caricaturista se pegó un tiro, dicen que desengañado de todo.

Con el ascenso de la República Liberal después de 45 años de hegemonía conservadora, *El Tiempo* se convirtió en aliado incondicional del Presidente y aprobó su política de acercamiento a Estados Unidos, que en 1932 apoyó a Colombia en la guerra contra el Perú. Pero como representante de la derecha liberal, el diario miró con recelo el siguiente gobierno de la Revolución en Marcha de Alfonso López Pumarejo, por los avances que traía su Reforma Constitucional de 1936 en materia de derechos ciudadanos, sindicales y reforma agraria.

Durante el primer gobierno de López Pumarejo, los directores de los dos grandes periódicos liberales *El Tiempo* y *El Espectador*, antepusieron sus intereses políticos a los empresariales. Además, surgió un tercero en discordia, *El Liberal*, fundado por Alberto Lleras Camargo en 1938 para apoyar el lopismo. De pedir balcón fue el pugilato que mantuvo *El Tiempo* con *El Liberal*, cuyo estilo apasionado y polémico molestó a los partidarios de Eduardo Santos Mon-

tejo, particularmente a su hermano 'Calibán', cuyos dardos respondían Lleras Camargo y sus colaboradores con fina ironía.

Tras la muerte de Olaya Herrera—candidato del liberalismo oficial—surgió la figura de Eduardo Santos (apoyada por *El Espectador*) para contraponer las candidaturas “revolucionarias” de Jorge Eliécer Gaitán y López Pumarejo. Con el triunfo de Santos asumió la dirección Roberto García-Peña, quien dio línea editorial los siguientes cuarenta años como figura patriarcal imbuida del “talante santista”, que podría definirse así: liberal republicano de la vieja guardia, moderado, tolerante, diplomático y defensor a toda costa de la institucionalidad. García-Peña interpretó plenamente esos principios con editoriales de fina prosa castiza y fue el principal editorialista en los momentos de odio más recalcitrante entre liberales y conservadores.

Pero si al lector común se le escapaban los sofisticados razonamientos del director, estaba Calibán para explicar de forma llana y directa el acontecer nacional. En 1932, comenzó a escribir su famosa columna “Danza de las horas”, que sostuvo durante cuarenta años hasta su muerte en 1971. Los escritos del más “tempestuoso”⁵ y polémico del “santoral” terminaban siempre “en el anti-comunismo, en el anti-modernismo y en la defensa del sistema”⁶; por ello para unos lectores representaba el oráculo y para otros, la caverna.

El equipo editorial lo completaban los sobrinos del presidente, quien no tuvo herederos directos: Hernando y Enrique Santos Castillo. Enrique, padre del actual mandatario colombiano, se inició en los años cuarenta como jefe de redacción y permaneció en este cargo casi medio siglo, hasta volverse una leyenda por su olfato periodístico y su tendencia derechista que le llevó a ejercer un férreo control en la redacción. Buscaba a diario las chivas políticas en el Jockey Club y armaba de la primera a la última página del diario. Gran jefe de redacción de *El Tiempo*, porque “por sus venas no corría sangre, sino noticias [...]”. Su cerebro era una eclosión permanente de información. No se le escapaba el más mínimo detalle y casi siempre tenía la razón” (Villar-Borda: 2004, 255).

Tan astuto y hábil para olfatear la noticia política que, según cuenta su hijo, Enrique Santos Calderón⁷, cuando había elecciones, “el Viejo” pedía los resultados de tres mesas de votación en barrios estratégicos de la ciudad, de todos los estratos sociales, y con esos datos sabía quién era el ganador. Habló al oído de 15 presidentes, al igual que su hermano, Hernando Santos, director en propiedad, quien además se tomó sus güisquis con ellos.

Contrapeso de la línea editorial oficialista fue durante cuatro décadas Lucas Caballero Calderón 'Klim', el columnista más leído del país, con vena de satírico jugueteón, quien supo ponerle zancadilla a la censura que comenzó a arreciar cuando el conservatismo retomó el poder.

La violencia y la dictadura

Durante el periodo de la Violencia los medios de comunicación tuvieron un papel protagónico en tanto hicieron parte de la escena política y exacerbaban los odios contra los adversarios. *El Tiempo*, aunque de forma más sutil que los demás, sirvió de caja de resonancia a

5 El seudónimo rinde homenaje al personaje salvaje del drama de Shakespeare, *La Tempestad*.

6 Cruz Cárdenas, Antonio, “Calibán, un intérprete del hombre común”, *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, 27 de septiembre de 1981, p. 5.

7 Lara, Patricia, “Quiero conocer a Tirofijo”, *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, 2 de diciembre de 2001, p. 7.

estas pasiones. Por ello, mientras el diario funcionó en la sede de la avenida Jiménez, todas las manifestaciones políticas que se concentraban en la cercana Plaza de Bolívar iban a estrellarse contra la fachada del diario. En esa misma calle, donde también funcionaba *El Espectador*, ocurrió el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948.

Tras el Bogotazo, los periodistas de ambos partidos convinieron tácitamente establecer la autocensura y bajarle el acento polémico a los comentarios (lo que llamaban “censura entre casa”). En consecuencia, bajo la ley marcial los periódicos circularon sin censura oficial. Sin embargo, las fuerzas del Estado empezaron a perseguir a los periodistas que consideraban en parte responsables de la hecatombe de abril. Algunos fueron condenados a consejos verbales de guerra; otros fueron privados de su libertad por violar medidas del Estado de Sitio. Para evadir a los censores, varios de los columnistas más reconocidos de *El Tiempo* se asilaron en las páginas de un diario de Medellín: *El Correo*. “Como el diario era ciento por ciento santista, se insertaban en distintas columnas frases o párrafos de cartas y manifiestos escritos por Eduardo Santos. En tanto lo vedado era la firma del ex presidente, el truco sobrevivía hasta que tarde o temprano los censores detectaban esos extractos políticos mimetizados” (Galvis, Donadio: 1988, 338).

En mayo de ese funesto año llegó a la subdirección Abdón Espinosa Valderrama —que venía de trabajar con Alberto Lleras en la revista *Semana*—, quien desde entonces ha contribuido a mantener la “espinas editorial” del diario como asesor y como autor de la columna “La espuma de los acontecimientos”, que comenzó a publicar en septiembre de 1970.

En 1950 había en Colombia 42 diarios, de los cuales 23 eran liberales y 19 conservadores⁸, que simbolizaban cuadriláteros por los ataques que a diario se lanzaron entre sí durante todo el periodo de la Violencia. Pero, asombrosamente, el 13 de junio de 1953, la prensa colombiana saludó con entusiasmo al General Gustavo Rojas Pinilla —abuelo del depuesto Alcalde de Bogotá, Samuel Moreno Rojas⁹— y durante un año cesaron las andanadas, mientras duró la luna de miel con el régimen.

La bienvenida unánime que se le dio al general Rojas Pinilla tenía que ver con el recrudescimiento de la censura y la persecución a la prensa que se dio durante el gobierno de Laureano Gómez y de su designado Roberto Urdaneta¹⁰. En 1952, bandos radicales del partido en el poder incendiaron las sedes de *El Espectador*, *El Tiempo* y las casas de los jefes liberales Carlos Lleras Restrepo y Alfonso López Pumarejo, entre otros blancos. Y cuando los medios comenzaron a denunciar los desbordamientos de fuerza y los abusos de poder del dictador, siguieron las represalias. Para expresar ese silenciamiento, *El Tiempo* publicó un aviso muy diciente en el espacio asignado al editorial: “¡Silencio! No tosa. Tome Asytolina”¹¹.

Pero al diario le cayó la mordaza del Decreto 3000 sobre prensa, el 3 de agosto de 1955, cuando su director, Roberto García-Peña, se negó a publicar durante treinta días un boletín oficial en el que negaba la responsabilidad de las Fuerzas Armadas en la muerte del director de *El Diario*, de Pereira (Emilio Correa Uribe) y su hijo, ocurrida en extrañas circunstancias. Sin embargo, poco después comenzó a circular con el cabezote de *Intermedio*, con Calibán como

8 Según un artículo del semanario *Sábado*, 4 de agosto de 1951, p. 3.

9 Elegido en el 2008 para concluir su periodo en diciembre de 2011, fue suspendido de su cargo en mayo de 2011 debido a su responsabilidad en el escándalo del “cartel de la contratación” en Bogotá.

10 Tanto odio le prodigaba *El Tiempo* a Gómez, que se dio el lujo de no registrar su ceremonia de posesión presidencial.

11 30 de julio de 1954).

director encargado, mientras *El Espectador* reencarnó como *El Independiente*, con Alberto Lleras en la dirección. Para entonces, ambos periódicos mantenían un sano colegaje.

Después de padecer la censura y la persecución política, los periódicos conservadores y liberales volvieron a unirse para derrocar al dictador, que cayó el 10 de mayo de 1957. El regreso a la democracia quedó garantizado con el Pacto de Sitges, que firmaron dos otrora enemigos Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez.

El Frente Nacional

La prensa colombiana fue de un sectarismo caníbal hasta el advenimiento del Frente Nacional (1958-1974), cuando se volvió más “civilizada” y “democrática”. *La Gran Prensa* adhirió a este proyecto para la alternancia de los dos partidos hegemónicos en el poder, con exclusión de terceras fuerzas, que tuvo como enemigo declarado al comunismo, sobre todo ante la amenaza de la naciente Revolución Cubana. Por ello Bogotá saludó con vítores a John F. Kennedy cuando vino a sellar su programa de Alianza para el Progreso con el que buscaba contrarrestar la influencia de los revolucionarios en América Latina.

Para *El Tiempo* y la mayoría de los grandes diarios, todos los males del país empezaban y terminaban en el comunismo. Pero el columnista que adoptó una actitud más radical fue Calibán. El 12 de agosto de 1958 escribió: “[...] lo importante sería que los aviadores ingleses y norteamericanos dedicaran algunos centenares de bombas (atómicas, se entiende) a la China comunista. De otro modo, y si la contaminación que acaba con el género humano no se produce, los 600 millones de chinos disciplinados invadirían el resto del planeta [...]. Nos convertiríamos así en vasallos del Rojo Imperio Chino. Adoraríamos a Buda”. Con esta liviandad, el columnista más influyente del país exhortó a la aniquilación de una raza. Lo cierto es que Calibán mantuvo desde su columna sistemáticas campañas en favor del miedo: la guerra atómica, el comunismo, la división del Partido Liberal, la gripe. Su filosofía apocalíptica contagiaba al público de temores exagerados. Mejor que ‘Danza de las horas’ su columna debió llamarse ‘Danza macabra’, como insinuó un colega suyo.

En julio de 1960, Estados Unidos declaró el bloqueo económico a Cuba. *El Tiempo* informó sobre los enfrentamientos entre ambos países y alertó del peligro que representaba el comunismo para Colombia. La campaña contra los “rojos”, manejada con escandalosos titulares y cables de agencias estadounidenses, se recrudeció en 1962 cuando estalló la crisis de los misiles. El diario apoyó irrestrictamente a Alberto Lleras Camargo, primer presidente del Frente Nacional, desde entonces ídolo del santoral¹². Contagiados de ese espíritu de la guerra fría, los grandes periódicos partidistas cerraron filas en torno al gobierno para recibir los parabienes de la publicidad oficial y todo tipo de privilegios de partido.

A raíz de los primeros operativos militares del gobierno de Carlos Lleras Restrepo contra las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Farc), *El Espacio* —que nació como diario político y devino en sensacionalista— denunció en varios informes la forma improvisada como el gobierno estaba combatiendo la guerrilla con bombardeos que afectaban a la población civil. El Ejército protestó por el sensacionalismo del tabloide y pidió a la prensa que en adelante se ciñera a los boletines oficiales¹³. *El Tiempo* se apresuró a rectificar al vespertino para proteger la imagen

12 No lo fue en su primera magistratura, en 1945, cuando finalizó el periodo de López Pumarejo, quien renunció. En ese entonces se le asociaba con el periódico *El Liberal*, encarnizado enemigo de *El Tiempo*.

13 *El Espacio*, 27 de agosto de 1966.

del recién posesionado gobierno liberal y de sus Fuerzas Armadas. Según la prensa oficialista nunca se produjeron los bombardeos.

En la década siguiente, *El Periódico* —diario bogotano de Consuelo de Montejó— cuestionó la oficialidad de *El Tiempo* en su defensa de las Fuerzas Armadas, denunciadas por su brutal represión a los estudiantes, obreros y campesinos. “A *El Tiempo* le parecen exageraciones ridículas las torturas, los atropellos a los estudiantes, los fusilamientos de campesinos, los peculados millonarios, los negociados en las compras de aviones, submarinos, tanques y fusiles. Según *El Tiempo* se debe ‘tapar’ porque lo contrario es hacerle el juego a la ‘subversión comunista’¹⁴.”

Hernando Santos ‘Hersán’ dirigió *El Tiempo* con mano fuerte durante 25 años —entre los setenta y los ochenta— y declaraba sin recatos que el periódico acompañó con lealtad ciega a todos los presidentes liberales, especialmente a Alfonso López Michelsen y a Julio César Turbay Ayala; admitía ser “hacedor de presidentes”, de casi todos, menos del conservador Belisario Betancur, como le confesó al caricaturista Héctor Osuna¹⁵.

Al ser Calibán el director a la sombra durante 40 años, la línea editorial pasaba por sus cambiantes estados de opinión. Y su hijo Hernando heredó esas veleidades, que se reflejaban en una línea editorial zigzageante: mutó de “rojo” en anticomunista y anticastrista, pero al volver de un viaje de vacaciones a la satanizada isla anonadó a los lectores con su mudanza de ideas. La estancia fue tan placentera que tituló el editorial “El son cubano”¹⁶ y desde el primer párrafo suenan los timbales: “No hay que pisar tierra cubana odiando o adorando a Fidel Castro. Es la primera premisa si se quiere saber lo que piensa el pueblo de la actual situación”. Más adelante, el editorialista se cura en salud ante sus lectores, admitiendo que fue un error no haber invitado a Castro a la Cumbre de Miami. “Pero ahora, y en un cambio editorial que puede sorprender a muchos lectores, consideramos conveniente ayudar a la incorporación de Cuba a la Organización de Estados Americanos [...] América debe colaborar en la restauración de la capital cubana. Ver en Fidel Castro no a un enemigo sino a un amigo de inteligencia y encanto a los cuales es muy difícil sustraerse”.

El editorial, obviamente, causó revuelo y estupor, por lo que Antonio Caballero salió en defensa de *El Tiempo* con su inveterada ironía: “Del diario *El Tiempo* podría decirse con justicia lo mismo que decían de un gobernante español: que sólo acierta cuando rectifica”. No entiende por qué lo atacan “si por fin, en 35 años, da la primera opinión sensata sobre Cuba”¹⁷. Hersán estaba convencido de que el periódico manejaba como un radar el sentir nacional, sin que le quedara muy claro si la opinión pública colombiana era moldeada por el diario o si el diario la reflejaba fielmente.

“El contraescape”

En las postrimerías del Frente Nacional, y liderada por Gabriel García Márquez, nació la primera revista colombiana de izquierda, *Alternativa* (1974-1980), que advirtió los peligros del Estatuto de Seguridad instaurado por el presidente liberal Julio César Turbay, y atacó la prensa oficialista, como *El Tiempo*, “por su lambonería, cultivada en medio siglo de esfuerzo

14 *El Periódico*, 8 de junio de 1972.

15 Osuna, ‘Lorenzo Madrigal, “La historia de El Tiempo”, *El Espectador*, 11 de enero de 2011, p. 24.

16 *El Tiempo*, 18 de diciembre de 1994.

17 Caballero, A. “Los Santos inocentes”, revista *Cambio* 16, enero 16 de 1995).

continuado”, según palabras del citado Caballero. De esa revista también hacían parte Daniel Samper Pizano y Enrique Santos Calderón, chicos terribles de la Casa Editorial El Tiempo (CEET) por sus veleidades izquierdistas.

El propio Daniel Samper Pizano conformó en 1978 la unidad investigativa de *El Tiempo*, integrada por Alberto Donadío y Gerardo Reyes, que realizó más de 100 informes especiales con denuncias de toda índole, especialmente sobre corrupción en el Congreso de la República y temas medioambientales¹⁸. Esta labor dejó mejor impresión en los lectores que en los dueños del periódico por la pérdida de anunciantes.

En esa década del setenta el diario mostró su indeclinable apoyo a los gobiernos de López Michelsen y de Turbay Ayala, línea oficialista que comenzó a romper una vieja amistad entre Hernando Santos y Guillermo Cano, directores de *El Tiempo* y *El Espectador*, respectivamente. Don Guillermo clamaba en sus editoriales y columna “Libreta de apuntes” contra el cercenamiento de los derechos y las libertades ciudadanas bajo el gobierno del Estatuto de Seguridad, mientras *El Tiempo* lo negaba y pedía a la oposición que se callara. Igual ocurrió a comienzos de los ochenta, cuando se destapó el escándalo del Grupo Grancolombiano (el fraude del banquero Jaime Michelsen Uribe a miles de ahorradores): *El Tiempo* negó lo que *El Espectador* destapó, y don Guillermo Cano se quedó solo librando esa cruzada contra la corrupción, hasta que la justicia le dio la razón.

Alberto Donadío analiza así el oportunista comportamiento de *El Tiempo* (2011, 215-216):

“Enrique Santos Calderón en su columna de *El Tiempo* señaló en 1983 que la campaña de *El Espectador* contra el Grupo Grancolombiano había tenido un sabor personalista, que el diario había ‘exagerado la nota’, que las publicaciones se resentían de un ‘tono de sensacionalismo gritón’, en fin, que los editoriales eran ‘emotivos’. Le asiste la razón al columnista. Como *El Tiempo* protegía a Michelsen y como los demás medios no quisieron tampoco investigar al Grupo Grancolombiano, *El Espectador* actuó solo [...]

No digo que ese pecado es imputable a Enrique Santos Calderón, que fue, como el mismo lo señaló, el primero en hablar del desplume del águila. Si Santos Calderón hubiera sido el director de *El Tiempo* seguramente el cubrimiento noticioso e investigativo no habría estado parcializado a favor de Michelsen. Pero su padre, Enrique Santos Castillo, el editor de *El Tiempo*, alejó a Enrique junior enviándolo por muchos años como corresponsal en París y en Madrid. Había entre los dos una insalvable divergencia en cuanto al ejercicio del periodismo y en materia política también, porque Santos Calderón era una figura de izquierda en tanto que su padre representaba la más recalcitrante godarria. La presidencia vitalicia de la triple A, la Alianza Anticomunista Americana habría sido un cargo que Santos Castillo habría aceptado si se lo hubieran ofrecido.

18 En 1987, Samper salió amenazado del país por una de esas investigaciones relacionadas con las autodefensas; desde entonces está radicado en Madrid, pero ha seguido vinculado a *El Tiempo*, y pronto cumplirá medio siglo en su tarea de asesor editorial y de columnista.

La posición de *El Tiempo*, si hubiera sido un periódico imparcial e independiente comprometido únicamente con el interés general, habría tenido que llevarlo a investigar las acusaciones contra el Grupo que estaban sobre el tapete e informar a los lectores si eran o no fundadas, si *El Espectador* había exagerado la nota, si el gobierno había sido o no complaciente como alegaba Hernán Echavarría, si efectivamente los veinte mil ahorradores habían sufrido una lesión patrimonial. Nada de eso hizo *El Tiempo* bajo la tutela de su director Hernando Santos Castillo y de su editor Enrique Santos Castillo”.

Aunque don Roberto García-Peña figuró como director hasta 1981, quien en realidad dirigió el periódico en los años setenta fue Hernando Santos, su sucesor. Ese mismo año regresó Juan Manuel Santos de su periplo europeo y asumió la subdirección.

A mediados de los ochenta —en plena guerra con el narcotraficante Pablo Escobar— llegó al diario Roberto Pombo (casado con una Santos), a quien Enrique Santos Castillo le encargó las secciones de política y judiciales, que consuetudinariamente habían reflejado los intereses del Congreso y de los organismos de seguridad. Pero Pombo, como los otros periodistas del relevo generacional pudo darle un viraje más independiente a estas secciones. “En aquel entonces la lucha era porque *El Tiempo* asumiera la guerrilla como un tema político y no judicial. La gran pelea interna era convencer a don Enrique (Santos Castillo) de que la guerrilla, el M-19 específicamente, quería dialogar con el gobierno, y que ese no era un tema de orden público”, recuerda Pombo¹⁹, director del diario desde 2009.

Quizá por eso, tras la toma del Palacio de Justicia por el grupo guerrillero M-19 y la sangrienta retoma por el Ejército, que sacrificó más de 100 vidas para “salvar la democracia”, *El Tiempo* editorializó con este argumento de fuerza (militar): “La batalla contra los revolucionarios se gana o se pierde y el costo, por doloroso que sea, hay que pagarlo” (7 de noviembre de 1985). Valga aclarar que la mayoría de los medios de comunicación asumieron esta postura, incluido *El Espectador*.

El otro contrapeso que tuvo la política editorial oficialista de *El Tiempo* fue el de Enrique Santos Calderón con su columna “Contraescape”, la más leída del país, que sostuvo durante más de 30 años hasta que aceptó la dirección del periódico, a la muerte de su tío Hernando, en 1999. Al asumir el reto, decidió mantener los principios de equidad, tolerancia y pluralismo, sin desviarse del “asediado centro democrático” y reivindicar “la libertad de pensamiento y el sagrado derecho a la crítica frente a la dialéctica de la dinamita y el fusil”. Intenciones loables en un país tomado por todo tipo de bárbaros.

Junto con el codirector, Rafael Santos, apoyaron las negociaciones de paz con la guerrilla y pusieron una distancia saludable con las Fuerzas Armadas, que habían recibido apoyo incondicional del diario. De la Iglesia católica también se apartaron en temas como el aborto, la píldora, la libertad sexual y religiosa; además, buscaron la autonomía frente al Partido Liberal (“para el cual *El Tiempo* fue una especie de biblia durante muchas décadas”), subraya en esta

19 Baena, R. “Los periódicos no van a acabarse jamás. Roberto Pombo”, revista *Credencial*, Casa Editorial El Tiempo, Bogotá, enero 4 de 2011. Disponible en: http://www.eltiempo.com/revista-credencial/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-8731060.html

especie de manifiesto Santos Calderón²⁰, padre del también periodista Alejandro Santos, director de la revista *Semana*.

Tanto Daniel Samper Pizano como él, reconocen que gozaron de libertad para distanciarse de la política editorial. Según Samper, “a veces *El Tiempo* piensa distinto y menos bien que sus propios dueños”²¹ (como si fuese un ente supra-poderoso), y recuerda situaciones en que los editoriales apoyaron al gobierno pese a la oposición del mismo director y de su equipo editorial.

Quien no gozó de tantas libertades fue el popular Klim, a quien el director Hernando Santos le cobró sus ataques al bienamado mandatario Alfonso López Michelsen. Antes que silenciarse, Klim prefirió continuar su columna en *El Espectador* hasta su muerte, en 1981.

Por algo su sobrino, el temible Antonio Caballero, escribió en una columna titulada “Los Santos inocentes”:

“*El Tiempo* es una poderosa institución, cuya influencia —mala o buena— ha sido enorme sobre todos los temas de importancia en los últimos ochenta años de la historia nacional, y sigue siéndolo. *El Tiempo* pone presidentes, y los quita; hace o deshace reputaciones —de estadistas, de intelectuales, de generales, de toreros, inclusive de obispos—; nombra diplomáticos, corona poetas, escoge reinas de belleza, fija tipos de interés, traza pautas de comercio exterior (a veces se da el gusto de designar directamente a los ministros de Comercio Exterior²²). Despierta más lambonerías y suscita más irritaciones que cualquier otra institución colombiana: más que la Iglesia, más que las Fuerzas Armadas, más que la Primera Dama [...]. En sus páginas sociales nacen, mueren y se casan —o no nacen ni mueren ni se casan—, todos los colombianos”²³.

Con similar agudeza, el analista Carlos Uribe Celis (1991,78) señala las siguientes tendencias ideológicas predominantes en *El Tiempo*, que resumen varias de las aquí expuestas:

- Una valoración vigorosa de las tradiciones nacionales.
- Una valoración acentuada de las instituciones políticas existentes y en particular de los ex presidentes.
- Un reiterado enaltecimiento de las Fuerzas Armadas.
- Una frecuente manifestación del espíritu cristiano y piadoso (especial atención en lo internacional a las noticias originadas en el Vaticano).
- Defensa a ultranza del actual Presidente de la República (César Gaviria: 1990-1994)
- Una declaración reiterada de admiración por los Estados Unidos y un gran celo de lealtad política hacia este país.
- Una actitud crítica frente a la llamada política de diálogo con los movimientos insurgentes, que fue inaugurada por la administración de Belisario Betancur.

20 Santos Calderón, Enrique, “Un destino personal”, *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, 30 de septiembre de 2001, pp. 6-7.

21 Samper Pizano, D. *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, “Recordando a don Robert”, 12 de diciembre de 1993, pp.10-11.

22 Aquí se refiere a Juan Manuel Santos, que hizo parte del gabinete de César Gaviria.

23 Revista *Cambio* 16, enero 16 de 1995.

- Una clara posición antisocialista y anticomunista.
- Una dura crítica a las acciones sindicalistas de paro y presión laboral sobre los empleadores.
- Oposición al diálogo con los narcotraficantes y a la legalización del consumo de droga²⁴.

No es menos urticante Alberto Donadio cuando escribe:

“[...]Hernando Santos era un subalterno del periodismo. Concebía el cargo de director de *El Tiempo* como una oficina anexa del partido liberal y empleó durante años el editorial para apuntalar al partido, a sus personeros, a los presidentes de cualquier partido, a las instituciones y a las fuerzas armadas. No escribió sino un solo editorial en su vida, que repitió luego incansablemente en todas las circunstancias y en distintas versiones: rodear al gobierno, rodear al presidente, rodear a las instituciones, rodear al ejército. Ese fue su único clamor. Parecía no ser el toreo su afición favorita, sino el rodeo. Nadie ha hecho ni hará nunca una antología de los editoriales de Hernando Santos, a menos que se proponga denostarlo, porque no hay en ellos posiciones de principios, no hay un mensaje a la posteridad, no son de la línea enhiesta de los que escribió Eduardo Santos en los años veinte, no hay enfrentamientos con nombre propio con nadie que forme en las filas de los poderosos, no hay toma de posiciones con nombre y apellido frente a nadie, salvo frente al comunismo y la guerrilla, salvo el diálogo de sordos que mantuvo con Tirofijo, Jacobo Arenas y sus sucesores, no hay defensa del interés general sino defensa del poder y de los poderosos, contemporización con los gobiernos y con las jerarquías, porque sí, porque era gozoso subalterno del partido y del gobierno, porque Hernando Santos era apasionado solamente en materia de toros y en su obsesivo y estridente anticomunismo” (2011, 25).

A finales de los noventa, el controvertido columnista D’artagnan, nieto del muy discreto Roberto García-Peña, refutó una columna de Héctor Abad sobre la inanidad del género editorial, recordando a Hernando Santos, “que se fajó sus buenas notas contra la intromisión de los gringos durante el gobierno de Samper, o incluso cuando le pidió a éste en forma tan elegante como discreta la posibilidad de pensar en su retiro de la Presidencia, tales comentarios fueron sin duda la comidilla del día”.

El uribismo y el post-uribismo

Después de haber sido ministro de Defensa del popular y polémico gobierno de Uribe Vélez (2002-2010), Juan Manuel Santos llegó a la presidencia aupado por el saliente gobierno, pero pronto comenzó a tomar distancia y a marcar su propia ruta, más imbuida de socialdemocracia que del neoliberalismo autocrático de su predecesor. Durante el primer año de gobierno mantuvo unos índices de popularidad superiores al 80%, y la opinión

24 Aunque en los últimos años *El Tiempo* se ha mostrado abierto a la legalización de la droga.

pública pareció olvidar que el ex ministro fue blanco de escándalos internacionales por el ataque al campamento del cabecilla de las Farc, 'Raúl Reyes', en territorio ecuatoriano, y por los crímenes de Estado, mal llamados "falsos positivos".

A mediados del 2009, el anuncio del acuerdo con Estados Unidos para permitirle el uso de siete bases militares también tensionó las relaciones binacionales con los países vecinos. Pero Santos Calderón salió sin romperse ni mancharse de estos y otros episodios ocurridos durante el segundo gobierno de Uribe. Hoy, su nuevo mejor amigo es Hugo Chávez; restableció las relaciones con Ecuador; destrabó el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y se perfila como el líder de la región.

En su blog de *La Silla Vacía*, Mauricio García Villegas cita la respuesta del hermano de Juan Manuel Santos Calderón, Enrique, ex presidente de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y ex director del diario a la pregunta de la periodista María Isabel Rueda "¿Hoy usted diría que *El Tiempo* mantiene una tendencia oficialista, pero es políticamente asexuado?": "*El Tiempo* defiende el establecimiento, en eso no hay que equivocarse. Pero no tiene que ver con que sea políticamente asexuado. Si acaso coherente y virilmente gobiernista", respondió. Calibán, el abuelo del actual mandatario colombiano, habría estallado en ira santa ante esta pregunta, porque en sus tiempos la virilidad significaba feroz enfrentamiento con el adversario político. En los *tiempos* que corren, el Partido de la U (fundado por Santos) absorbió los viejos partidos hegemónicos y los emergentes de toda traza y condición, incluidos los del paramilitarismo, lo que también habría mortificado a los viejos patricios del Liberalismo.

Esta tendencia de renovación, además de lo ideológico también tocó la forma y el contenido de la publicación, que en vísperas de celebrar su centenario tuvo un rediseño apuntalado en tres secciones tituladas: *Debes leer*, *Debes saber* y *Debes hacer*. Imperativos categóricos de autoritario tono que despertaron todo tipo de reacciones entre los lectores por cuanto se distancian de las libertades pregonadas por el diario durante un siglo.

El modelo de convergencia de la CEET comprende dos canales de televisión (uno de televisión local y un informativo de 24 horas), el portal de la web, revistas de entretenimiento y un diario gratuito, *ADN*. En septiembre de 2007 el grupo español Planeta adquirió el 55% de las acciones y se convirtió en socio mayoritario del conglomerado de medios; y a comienzos de 2011, el grupo económico Sarmiento Angulo compró el 31%, por lo que los accionistas minoritarios, entre ellos la familia Santos, quedaron con el 14%. Pero en noviembre de 2011 corrieron rumores acerca de la compra del grupo Sarmiento al grupo español Planeta tras una multimillonaria negociación, quedando como propietario de la casi totalidad del grupo multimedia. Incluso, en *lasillavacia.com*, Juan Esteban Lewin²⁵, presentó los diez temas que deberían leerse con suspicacia en caso de que Sarmiento Angulo quedara como dueño único.

Pero la CEET ni ha negado ni ha confirmado la noticia hasta hoy. De todas formas, aunque la familia Santos haya vendido sus acciones, el apoyo al gobierno nacional por parte del principal diario del país ha sido irrestricto.

25 <http://www.lasillavacia.com/historia/los-10-temas-que-seran-leidos-con-suspicion-en-el-tiempo-si-sarmiento-angulo-lo-compra-todo>., 8 de noviembre de 2011, consultado el 10 de diciembre de 2011.

Como se ve, la tercera generación Santos, acomodada a los preceptos del mercado, olvidó los principios del Padre Fundador, Eduardo Santos, quien temía todas las formas del imperialismo. Aunque él se refería a Estados Unidos, hoy cabría leer España: “Es el imperialismo inevitable de las grandes empresas y de los grandes capitales, que buscan ansiosamente mercados y fuentes de riqueza, que acuden al olor del negocio como el tigre al de la carne, y sientan sus reales en medio de nuestra debilidad [...]”²⁶.

Su ideario periodístico se podría resumir en esta declaración: “Considero incompatible la profesión de periodista con las actividades propias del hombre de negocios. Me pareció y me parece que no puede aspirar uno a orientar o reflejar la opinión pública si no tiene una total independencia respecto de los grandes negocios [...] Me he abstenido escrupulosamente de cuanto pudiera significar tentativa de monopolio en ningún sentido”²⁷, lo que no tuvieron muy cuenta sus herederos cuando multiplicaron los negocios de la casa editorial con la telefonía celular y su aspiración al tercer canal privado, uno de los negocios más suculentos y disputados en los últimos años en Colombia.

Con tantos compromisos económicos, el periódico continuó en su línea editorial, cediendo a plazos su independencia. Sólo así se explica el cierre de la emblemática revista *Cambio*²⁸, a comienzos de 2010, bastión investigativo de la CEET, que destapó varios escándalos de la era Uribe, como la entrega de subsidios agrícolas a amigos del gobierno, las bases militares y los vínculos con el paramilitarismo de figuras cercanas a la sede presidencial. La casa argumentó razones económicas para sacar la revista del mercado, pero quedaron en evidencia las motivaciones políticas, sin mencionar la amistad de los directivos de Planeta con Álvaro Uribe Vélez.

En cambio, meses antes, sí se adujeron razones políticas para explicar a los lectores la salida de la politóloga Claudia López, cuya columna empezaba a levantar ampolla en la delicada piel del periódico, básicamente porque señaló el “conflicto de intereses” existente en *El Tiempo* para cubrir el escándalo del Agro Ingreso Seguro —cuyo principal responsable era el ministro de Agricultura, Andrés Felipe Arias, ‘Uribito’—, dado que uno de sus accionistas quería postularse como candidato presidencial (léase Juan Manuel Santos) y, de contera, el diario aspiraba a que el Estado le otorgara un canal de televisión. Por eso entregó en bandeja de plata la cabeza de la columnista —que investigó los vínculos del paramilitarismo y la clase política en Colombia—, cuyas opiniones fueron consideradas por la dirección del diario como “falsas, malintencionadas y calumniosas”.

Sobra decir que estos hechos de censura, aunque levantaron polvareda de críticas en su momento, no produjeron ninguna declaración de parte de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) —presidida a la sazón por Enrique Santos Calderón— ni hicieron mella en la masa de lectores ni de electores.

Dado que Juan Manuel Santos disfruta hoy de amplia aceptación, la construcción mediática está asegurada y la opinión pública sigue en los gloriosos esperando el cumplimiento de programas de hondo calado social, como la restitución de tierras a las víctimas del conflicto armado (dos millones

26 *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, “Textos y opiniones de Eduardo Santos Montejo”, 28 de agosto de 1988, p. 10.

27 Santos, Eduardo, “Lo que debe ser El Tiempo”, *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, 28 de enero de 2001, p. 5.

28 La revista *Cambio 16 Colombia* nació en Bogotá, de la mano de *Cambio 16*, en 1993. Los socios colombianos del proyecto eran Daniel Samper Pizano, Darío Restrepo Vélez y Patricia Lara, entre otros periodistas.

de hectáreas para restituir a 450.000 familias), la creación de más de dos millones de empleos y un millón de viviendas de interés social y, en fin, el paquete de reformas del programa de Prosperidad Democrática que, según los analistas, funcionará cuando esté garantizada la seguridad en los campos y en las ciudades. O sea, cuando llueva café de exportación en el campo, recordando que el Presidente hizo sus pinitos en la Federación Nacional de Cafeteros.

Como dijo Alfonso López Michelsen cuando se cumplieron 85 años del diario: “*El Tiempo* ha sido amigo de buscar términos medios con los contrarios” (frente a otra corriente beligerante del liberalismo, como fue la de López Pumarejo, su padre). Y remata su pensamiento: “Dios sabe si es lo propio de los diarios dueños de los mercados nacionales hacer gala de serenidad, dejando a los mosqueteros la tarea de librar descomunales batallas”²⁹. Pero como *El Espectador*, decano de la prensa en Colombia y competencia directa de *El Tiempo*, dejó de dar la pelea cuando el narcotráfico silenció a su director y la familia Cano vendió sus acciones al grupo económico Santo Domingo, los mosqueteros quedaron cesantes, al menos en el periodismo tradicional.

Los espadachines que siguieron dando la batalla, mas no por el periodismo independiente sino por el uribismo, son los tres columnistas de derecha más recalcitrantes y sacrosantos en *El Tiempo*, pese a las críticas que desatan en los foros de los lectores: Fernando Londoño Hoyos, Plinio Apuleyo Mendoza y José Obdulio Gaviria. Sus columnas han sido incensario del uribismo y valga reconocer que desde que ganaron las elecciones pero perdieron el gobierno –como lo han manifestado estos “quintacolumnistas”– han escrito rabiosos comentarios contra Santos sin que el diario los censure, excelsa prueba de tolerancia. Y para darle mayor resonancia a estas contracorrientes de opinión, está el ex vicepresidente, Francisco Santos, quien como director de Radio Cadena Básica (RCN), a quebrada voz en cuello, pasa factura a su primo por su deslealtad.

Como en el género folletinesco, esta historia de santos y *non sanctos* quedará en suspenso hasta el segundo centenario del diario o hasta el próximo presidente de la dinastía periodística. Y ya que para Planeta no fue una celebración que mereciera libro de memorias, quedó la colección de rosarios –en piedras y diseños variados– que sacó al mercado la CEET, como parte de su valor agregado. Así, cuando vengan los dolorosos, los lectores fieles podrán rezar, al estilo del mandatario, poniendo una vela a Dios y otra al diablo.

Bibliografía

- Donadio, A. (2011): *Guillermo Cano, el periodista y su libreta*, Hombre Nuevo Editores.
- Galvis, S. Donadio, A., (1988): *El Jefe Supremo*, Bogotá, Planeta.
- Santos Molano, E. (2000): *Los jóvenes Santos*, Bogotá, Universidad Central.
- Siglo XX a través de El Tiempo* (2000): Bogotá, Casa Editorial El Tiempo.
- Uribe Celis, C. (1991): *Democracia y medios de comunicación en Colombia*, Bogotá, Ed. Foro Nacional por Colombia.
- Vallejo Mejía, M. (2006): *A plomo herido, una crónica del periodismo en Colombia 1880-1980*, Bogotá, Planeta.
- Villar-Borda, C.J (2004): *La pasión del periodismo*, Bogotá, Universidad Jorge Tadeo Lozano.

29 López Michelsen, Alfonso, “Serenidad y mosqueteros”, “Un periódico en la vida nacional”, *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, 28 de enero de 1996, pp.4-5.